

## Cultura y Ocio

## DE LIBROS

## EL TEMA DE LA SEMANA

**Estudios y ponencias.** La Fundación Francisco Umbral publica los resultados del I Congreso Internacional dedicado al escritor madrileño, un volumen con trabajos de J. Ignacio Díez, Bénédicte Buron-Brun, Denis Vigneron, Carlos X. Ardavín y otros destacados especialistas en su obra

## LOS PLACERES LITERARIOS. FRANCISCO UMBRAL COMO LECTOR

J. Ignacio Díez (ed.). Fundación Francisco Umbral. Madrid, 2012. 350 páginas. 20 euros

Manuel Gregorio González

Se recogen aquí los estudios y ponencias del I Congreso Internacional dedicado a la obra de Francisco Umbral, *Los placeres literarios: Francisco Umbral como lector*, celebrado en Madrid en octubre de 2011. De este modo, viene a cubrirse el insólito vacío académico, de difícil explicación, que orillaba a uno de los autores más literarios, a una de las literaturas más radicales y complejas, de rara versatilidad, que se dieron en el siglo pasado.



Probablemente, dicho vacío debía atribuirse tanto a los juicios sumarios de Umbral sobre sus compañeros de profesión (los galdobarrojanos, los angloaburridos, etc.), como a la discutida primacía de su escritura en las últimas décadas del XX. Se trata, aun así, de un silencio significativo, de un homenaje inverso, que a la contra señala el influjo de este escritor, cuya ambición nos parece hoy, más que la de transparecerse en su obra, la de abismarse por derecho propio en el linaje secular de la Literatura.

Hemos titulado estas líneas como *La hoguera del lenguaje* en un doble sentido: en el más obvio de la literatura como incendio, como brasa viva y fuego especular, y en el sentido arcaico de regreso al hogar, a la piedra originaria del idioma. La escritura de Umbral participa a un tiempo de ambos prodigios: aquel que exige la remoción de lo antiguo y aquel otro donde el lenguaje se revela en su mundanidad primera. A lo largo

# LA HOGUERA DEL LENGUAJE



Umbral (Madrid, 1932 - 2007), paseando junto a Miguel Delibes y Manu Leguineche.

de estas páginas se abunda en el estudio de las lecturas de Francisco Umbral, diseminadas y visibles en toda su obra, así como de sus maestros recurrentes: Lorca y Juan Ramón en la poesía, Quevedo, Valle-Inclán y Gómez de la Serna en la prosa, Proust en la memoria lírica, Ortega, Sartre y D'ors en el ensayo, Larra y González-Ruano en el artículo, Baudelaire en el dandismo, en el gesto

vital del escritor ante la sociedad moderna. A esta nómina cabría añadirle los nombres de Neruda, de Borges, de Cela, de Pemán, de los Machado, de Guillén, de Unamuno, de Gabriel Miró, de Delibes, de Torres Villarroel y de muchos otros, no tan evidentes. Lo que parece claro, en cualquier caso, es que Francisco Umbral participó de casi todos los géneros de la modernidad (el ensayo, el artí-

culo, la autobiografía, el poema en prosa), y que se sirvió de ellos modernamente; vale decir, de una manera dúctil, permeable, transfronteriza. Sus detractores suelen aducir el carácter periodístico, fugaz, de su literatura, así como un exceso metafórico, una brillantez decorativa e inane, en la prosa. Pero esto, que en otros escritores pudiera ser cierto, referido a Umbral es manifiestamen-

te erróneo. Y no sólo por lo dicho más arriba: por el ambicioso tratamiento de los nuevos géneros, desde el ensayo y el artículo a la novela (novela que es a un tiempo su refutación y su continuidad posible); sino porque el lirismo de Francisco Umbral, su extraordinaria imaginación poética, nos llega bajo la especie de la exactitud, y no bajo el tenor de lo ornamental y de lo ocioso. Dar nombre a las cosas es presentarlas ante nosotros por primera vez, con el escalofrío y el prestigio, con el perfil rotundo de lo nuevo. Y eso es lo que la escritura de Umbral, como pocos en su siglo, hizo posible: otorgarle a lo mostrenco, a lo sobredicho, al corpulento fardo de lo sabido, la sorpresa y el misterio de lo vivo. Esto significa que la metáfora en Umbral no es accesoria, sino reveladora y precisa, por cuanto accede a una realidad inexpresada y elíptica. Esto significa, de igual modo, que su escritura está más cerca del ensayo, de la indagación poética, que de un

## IMAGINERÍA PRECISA

La escritura de Umbral otorgó a lo mostrenco, lo sabido, la sorpresa y el misterio de lo vivo

vago preciosismo, inexistente en su obra. Cuando, pasados los años y las banderías, se vuelva sobre la obra de Umbral, se verá que su mayor aportación a las letras españolas ha sido esta de vivificar y aguzar el idioma, trayéndole o devolviéndole una complejidad infrecuente. Una complejidad, por otra parte, que lejos de un improbable casticismo, se ha surtido de la más alta cultura de Europa y América. Así lo demuestra este volumen inaugural, en cuyos estudios (textos de J. Ignacio Díez, Bénédicte de Buron-Brun, Denis Vigneron, Carlos X. Ardavín, Dolores Thion, José Antonio Soto, Francisco Esteve, Gregoria Palomar, Jorge Urritia, Jean-Pierre Castellani, y tantos otros), se perfila ya un Umbral, entre clásico y barroco, a la manera d'orsiana. Un Umbral limpio de anécdotas, trascendido felizmente, certeramente, a categoría.

## UNA PARKER CASI NUEVA

Mario González Reina. Metropolisiana. Sevilla, 2012. 64 páginas. 14 euros

I. F. Garmendia

Más de un cuarto de siglo después de su primer y hasta ahora único libro de poemas, *Dulce nicotina* (1984), Mario González Reina (Sevilla, 1958) ha publicado el segundo de la mano de Metropolisiana, cuya Colección Particular tiene en su catálogo a otros poetas andaluces como Manuel Rosal, José Julio Cabanillas o el siempre recordado Vicente Tortajada. *Una Parker casi*

## Suerte que el bar no cierra

nueva supone pues el regreso de González Reina al juego de hacer versos, que es cosa tanto más seria si en el largo tiempo transcurrido el autor, como se desprende de estas páginas, ha enriquecido su imaginario con experiencias, lecturas y recuerdos de infancia, porque estos últimos necesitan asentarse con los años para convertirse en estampas perdurables.

Las tres fuentes mencionadas protagonizan sendas secciones

dedicadas a los gozos de la vida nocturna (*Suerte que el bar no cierra*), las viejas maravillosas historias de los griegos (*Mitologías*) y la memoria remota o fundacional de la niñez (*Una Parker casi nueva*), pero todas ellas comparten un sustrato común que es el que define no ya al poeta, sino



al hombre. En la primera, González Reina cultiva el verso urbano de fondo dionisiaco e intención celebratoria, en la jubilosa línea de la poesía de los ochenta. La segunda, muy hermosa, rinde homenaje a los mitos homéricos que fueron su primer alimento y han dejado huella en el lector, que pone voz a personajes de bellos nombres como el poeta Arión o Fílida floreada.

Por azares de familia, el autor vivió de niño en una de las casas

paredañas al Alcázar de Sevilla y pudo así disfrutar del privilegio inconsciente de jugar en sus jardines, donde más de una vez —leemos en *Romero en ramas*— lo reprendió don Joaquín Romero Murube: “La nariz aguileña, el traje negro, / la camisa blanca, el rictus serio”. Ese entorno doblemente paradisiaco aporta el escenario de la tercera sección, la más conmovedora y entrañable. González Reina no es un estilista del verso, pero su discurso contiene pasajes emocionantes, imágenes poderosas y una mirada propia. No otra cosa necesita un poeta para merecer ese nombre.